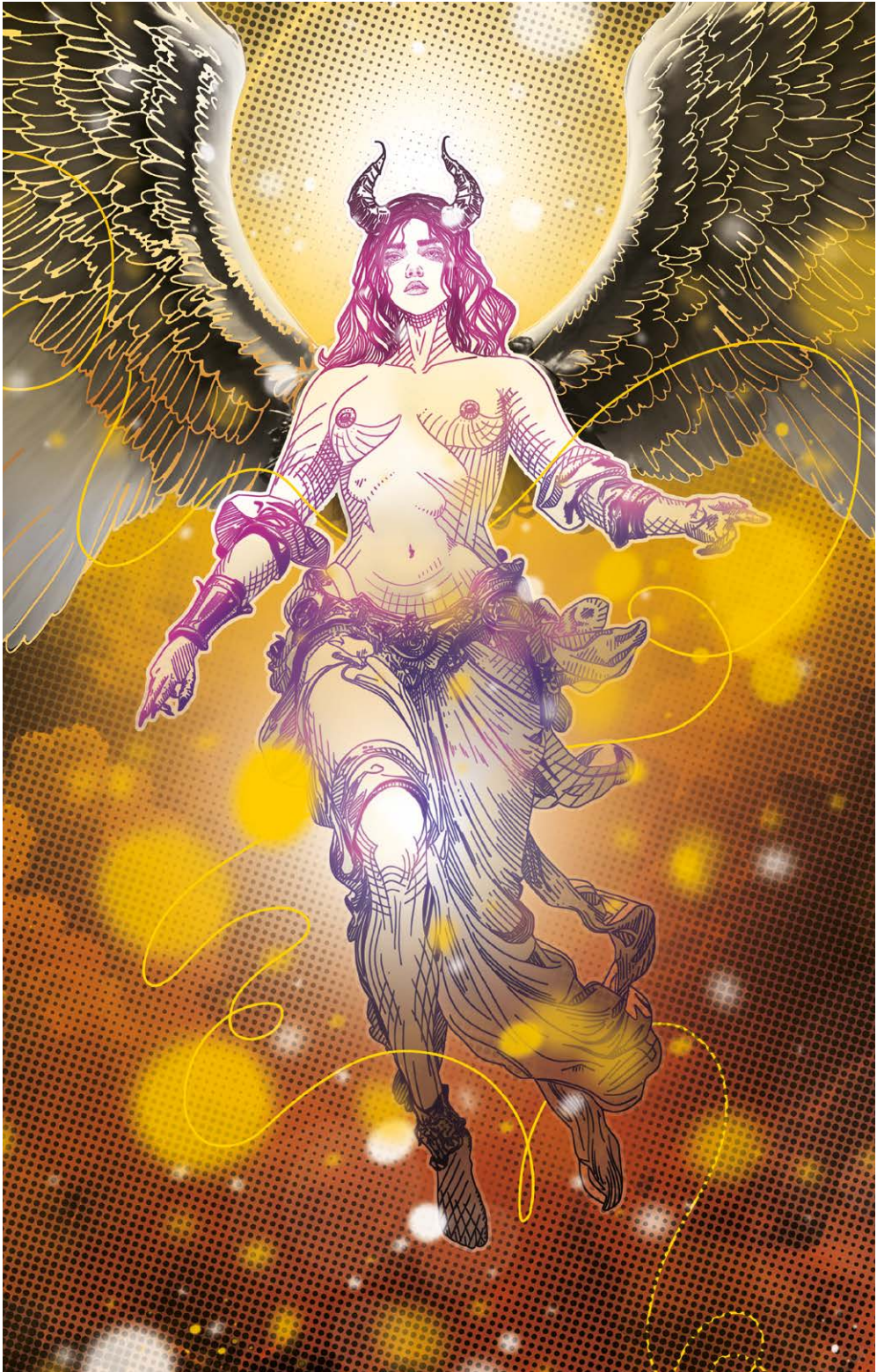
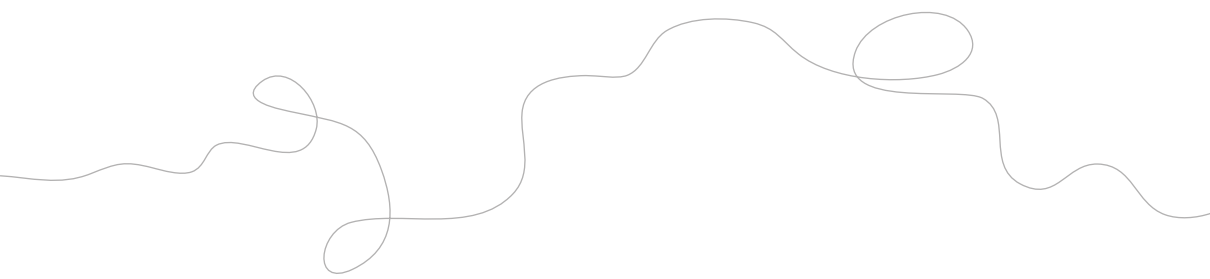






9.

Morgainne: la entidad demoniaca corrompida por el amor

Las leyes cósmicas de los Eternos dan orden al universo. Sin embargo, existen casos que escapan a los designios divinos, y es así como los destinos de los mortales y los demonios corren el riesgo de enredarse en juegos retorcidos e inusuales. Tal fue el caso de Morgainne, quien descubrió que incluso el afecto más profundo y puro podía arder hasta quedar reducido a cenizas, después de consumir todo lo que alguna vez juró amar.

¿Alguna vez te has preguntado qué pasaría si alguien te estuviera observando sin que lo supieras? Que alguien te acechara sin tregua, te persiguiera como una sombra incansable, te contemplara con una intensidad enfermiza..., mientras caminas por la calle rumbo al trabajo; cuando limpias la casa o cocinas; cuando haces tus necesidades en la letrina o te bañas; incluso cuando te entregas al placer, solo o acompañado, en un éxtasis de lujuria.

A Morgainne le resultó imposible separarse de él. Se forjó entre ambos una atracción inquebrantable, obscena y obsesiva, donde coexistían en distintos espectros de existencia, complicando aún más esa dependencia compartida. La naturaleza de un demonio es consumista, por más “buenas” intenciones que tenga, y aunque su amor le dictaba contener ese impulso devorador, su ser absorbía lentamente la energía vital de su amado, como un fuego que consume lo que más ama, sin desearlo.

La enfermedad no tardó en manifestarse. El desafortunado hombre comenzó a perder la vista, la movilidad y la vitalidad que lo caracterizaban en su juventud. Tuvo que dejar de trabajar debido a los intensos dolores y al desgaste progresivo de su cuerpo. Ahora, dependía por completo de quien tuviera la bondad de ayudarlo con las tareas cotidianas. Jayden nunca renegó de su destino; consideraba su vida una bendición de los dioses. Sus vecinos, compasivos, lo cuidaron cuando ya no pudo caminar ni ver.

El sufrimiento de su amado abrió una fisura en el oscuro corazón de Morgainne. Cada momento junto a él se volvió insoportable, resquebrajando poco a poco su esencia demoníaca. Hasta que un día, tomó la decisión de actuar para reparar su agravio. Indagó en los sórdidos mercados de los reinos infernales buscando cómo revertir o mitigar, aunque fuera mínimamente, el destino de su humano amado. Pero solo halló burlas, palabras malintencionadas y esperanzas dudosas teñidas de traición.

Hasta que, por un giro del destino, logró concertar una reunión con Mefistófeles, un dios del inframundo. Este, con una sonrisa torcida, le ofreció ayuda mediante el poder de un fragmento de los Eternos: un corazón petrificado en carbón, aparentemente inerte, que emitía un latido profundo y lento, haciendo que las cenizas a su alrededor vibraran y formaran patrones efímeros con rostros torturados. Al activarse con una intención clara, dicho corazón podía devolver la vida a un ser fallecido, extrayendo la esencia vital de otro ser vivo, cuyo cuerpo era reducido a cenizas que alimentaban el artefacto.

No obstante, dado que Morgainne era inmortal, podía negociarse un intercambio distinto, según las propias palabras de Mefistófeles, siempre que se mantuviera el equilibrio de equivalencia. La vida de Jayden, quien se encontraba al borde de la muerte, podría ser salvada a cambio de la inmortalidad del demonio y la promesa de devorar su alma cuando su vida mortal llegara a su fin.

Sin dudarlo un instante, ella aceptó; y así, sus días quedaron contados. Entre risas burlonas, Mefistófeles le advirtió que disfrutara del poco tiempo que le quedaba, pues su frágil existencia pendía ahora de un hilo. Ella no lo escuchó; estaba sumida en la imagen de una historia de amor vivida junto a Jayden. Morgainne alzó el vuelo hacia su amado, ansiosa por revelarle la verdad y compartir con él sus últimos días. Pero

al cruzar el umbral del inframundo, los rayos del sol acariciaron sus alas con lenguas de fuego, consumiendo sus majestuosas alas negras y arrojándola entre dimensiones, en un grito ahogado por el dolor del engaño y del amor perdido.

Ahora era mortal, y las leyes sagradas le impedían conservar su forma original. Ese era un pequeño detalle que Mefistófeles, maliciosamente, había omitido. La caída destrozó no solo su cuerpo físico, sino también su ego, su alma y su esencia sobrenatural. Estuvo inconsciente durante días, hasta que despertó aturdida, vendada e inmovilizada en una camilla improvisada, viajando sobre una carreta junto a otros esclavos rumbo al mercado negro de Tarnis, donde sería vendida.

Su futuro era una proyección incierta y triste, pero en su pecho brillaba una chispa de gozo, un susurro constante sobre la bondad de sus actos y la salvación de su amado, ahora libre de su maldición. Durante ese agotador viaje, Morgainne comenzó a percibir la magnitud de su sacrificio. Siendo ahora humana, el dolor y la fragilidad la atravesaban por primera vez, generando una agonía física insoportable y un caos mental depredador. Sin embargo, a pesar de la desgracia y la tragedia de su existencia, el fuego de su amor aún ardía con pasión. La voluntad de sus pensamientos y acciones sembró una semilla nueva en su interior: la fe.

La caravana había partido desde los Pueblos Libres de Tir Na Nog, donde se abastecieron en el puerto. Cruzaron el centro de Azkandhor, subieron el Paso del Toro, tomaron la Ruta de las Especies de Samarkand y alcanzaron finalmente el puerto occidental de Tarmis, donde los esclavos eran vendidos a buen precio a los capataces mineros de las tierras altas del norte. Ellos abastecían de compañía a sus hombres en las frías noches de invierno. Fueron cuarenta días de camino hasta llegar al puerto. A pesar de su mal estado, hedor y suciedad, Morgainne fue vendida rápidamente por un alto precio, y enviada a las Minas de Carbón y Acero Negro, cerca de la Ciudad de los Reyes Perdidos, tras atravesar el difícil paso más allá de Theramos.

Ya en su nuevo destino, fue examinada por un curandero, aseada, alimentada, vestida con suaves telas y perfumada con delicados aceites florales para iniciar su trabajo como prostituta al servicio de su amo. En su primera tarde, atendió a quince hombres. La voz sobre su belleza se

corrió rápidamente. En su tercer día, ya había duplicado los turnos, y en menos de una semana, su agenda quedó copada durante tres semanas, incluso quintuplicando el precio de sus servicios.

Debilitada y humillada, pero no vencida, Morgainne empezó a tramar un plan de fuga. Con la astucia heredada de su pasado infernal, se ganó la confianza de otros cautivos. Con ayuda de algunos enamorados y compañeras de trabajo, organizó una revuelta. Esperó pacientemente el momento propicio y, con una ferocidad nacida de la desesperación, lideró una fuga silenciosa pero mortal. Así logró liberarse de sus captores y emprendió un largo viaje de regreso al sur, hacia los Llanos del Yará, cerca de los Pueblos Libres de Tír Na Nog, donde su calvario había comenzado meses atrás.

Tras múltiples suplicios, dificultades y penurias en un camino que parecía interminable, su esfuerzo, voluntad y determinación le permitieron reencontrarse con Jayden, aunque no en las condiciones esperadas. Estaba viejo, ciego y frágil, pero al sentirla acercarse, supo que era ella sin necesidad de verla. En el pasado, había sentido su presencia incontables veces, aunque siempre imaginó que era un ángel quien velaba por su existencia.

Con la voz entrecortada, Morgainne le confesó todo: su amor, el pacto, las desventuras y los sufrimientos que atravesó para volver a él. Jayden, conmovido y enfurecido por el cruel destino, la perdonó. Y así, juntos, decidieron aceptar el pasado y el presente, dispuestos a aprovechar el tiempo que les quedaba. Unidos por un lazo más fuerte que la carne o la eternidad, se prepararon para desafiar lo que el futuro les deparara, sabiendo que cada instante era un regalo robado al abismo del infierno.



Escanea este código.
Cierra tus ojos y deja que la música
de esta historia,
guíe tu alma hacia un nuevo viaje.

